



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

EN EL RETIRO



—La temporadita está *Coppelificada*. ¿Quién la descoppelificará? El descoppelificador que la descoppelificase... ¡Buen descoppelificador será!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Dolor de viuda, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—Á Ramos Carrión, por Sinesio Delgado.—¡Miradas!, por Giraico Cedina.—Chicas rabaneras, por Eduardo de Palacio.—La peor de todas, por Luis de Ansorena.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: En el Retiro.—El candor de la infancia.—Á quemarropa.—Principios quieren los cosas (dos viñetas).—Idealismo, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Las personas aprensivas dicen que este calor es perjudicialísimo y que hay que andarse con mucho tiento para no coger una enfermedad grave.

—Sale usted de su casa descuidado—me decía ayer un aprensivo,—de pronto se le corta á usted la traspiración y á los diez minutos

tiene usted una parálisis progresiva.

—¿Y en qué consiste eso?

—En las capas de aire interatmosféricas. Lo mejor es hacer lo que hago yo: no uso ninguna clase de líquidos, no me sofoco, no me ato las cintas de los calzoncillos, no fumo... Todas las mañanas tomo unos buchets de agua de Mondariz con un poco de tinta, y me va tan ricamente.

Los aprensivos abundan que es una bendición.

—¡Qué mal hace usted en rascarse la nariz con el dedo índice!—me decía un funcionario público que se encuentra muy bien en este mundo, porque cobra.

—¿Que no me rasque?

—No, señor; puede sobrevenir una erisipela aguda. Cuando le vuelva á usted á picar la nariz, use una muñequita de algodón en rama forrada de bayeta, que es lo que hago yo en todo tiempo.

Unas veces porque hace calor y otras porque hace frío, la humanidad no está contenta nunca.

El único que no siente calor ni frío es D. Antonio.

Siempre que no le quiten la breva de la presidencia del Consejo de ministros.

* *

Los Jardines del Retiro no ofrecen por ahora grandes encantos.

Ayer tarde Pepito Mínguez, que es ágil como una gacela, pero aturdido como una cucaracha joven, quiso lucir sus habilidades delante de la novia como patinador y se descoyuntó uno de sus elegantes tobillos.

Cundió la alarma entre el público, y muchas señoras rodearon á Pepito, que estaba pálido, pero hermoso.

—Pepe—decía la novia con acento entrecortado,—ten valor; tu nena te lo suplica.

—¡Ay!—exclamaba el joven colocando el tobillo sobre la falda de su futura mamá política, que se había sentado en el suelo.

Un dependiente de la empresa, vestido de papel secante, se apresuró á quitar la bota correspondiente al pie lesionado.

¡Oh asombro! Pepito, el joven elegante, el ídolo de los salones baratos, el figurín de la calle de la Cruz, llevaba, en vez de calcetines, unas medias azules de lana pertenecientes á su señora madre.

Tiene sus inconvenientes esto de patinar en los Jardines cuando no se cuenta con bastante ropa interior.

* *

Es preferible pasear en el Prado, en Recoletos, donde no hay peligro de que le desnuden á uno.

Allí puede lucirse la juventud por poquísimo dinero, y allí acuden por las noches muchas hijas de familia preciosas, aunque vigiladas por el ojo previsor y siempre abierto de sus mamás.

De aquellos paseos nocturnos salen todos los veranos veinte ó treinta bodas, porque los chicos se conocen y simpatizan desde el primer momento; las distancias se estrechan, los corazones laten al unísono y el cura bendice la unión, haciendo derramar lágrimas de júbilo á la mamá de la contrayente, mientras exclama el nuevo esposo al oído de su compañera:

—¡Bendigo aquella noche feliz en que se me ocurrió pasear en Recoletos!

—Arturo, no seas falaz.

—¡Vidita!

—¡Alevel!

—¡Oh Recoletos! ¡Bendito seas!

* *

Es indiscutible que en ninguna parte se pasa el verano como en Madrid, según dicen los enemigos de todo movimiento y de todo gasto que exceda de catorce reales.

Cierto que hace un calor horroroso y que las casas se convierten en chicharrereros, hasta el punto de que se mete usted en la cama y parece que le han puesto á asar sobre unas parrillas; pero hay medios eficaces de combatir el calor.

Por ejemplo: se va usted á una horchatería con un buen abanico y pide usted agua de cebada. La horchatera, que por lo general se llama Paca y suele ser preciosa, se la sirve á usted con dulce sonrisa, usted bebe el agua á sorbos, dirigiendo miradas amorosas á la horchatera y abanicándose al propio tiempo.

Á los pocos minutos siente usted una frescura muy grande, y es que la horchatera, al pasar, le ha vertido á usted sobre la cabeza medio chico de limón, con ánimo de que se vaya usted cuanto antes y deje el sitio para otro parroquiano.

Los que no quieren hacer mal tercio en las horchaterías, acaban de beberse un vaso grande de cebada y piden otro, y otro después, y en seguida otro, como le pasa á Gutiérrez, el pedicuro, que va á la horchatería y se bebe tres ó cuatro cuartillos todas las tardes.

El otro día abusó del líquido hasta un punto tal que le sonaban las tripas como si tuviese dentro un acordeón, y de vuelta en su domicilio, hubo necesidad de ponerle boca abajo para vaciarle.

Y decía Gutiérrez, echando agua de cebada por boca y nariz:

—Yo no sé cómo hay quien salga á veranear, teniendo aquí tantos recursos para estar fresco.

* *

Yo, por si acaso, me voy á Espinho, y sea lo que Dios quiera.

Luis Taboada.

★

Dolor de viuda.

Mi prima Luz Amorós, que era una loca de atar y acababa de enviudar porque así lo quiso Dios, ante un retrato de Alberto (del que fué su esposo en vida) así exclamaba afligida y encarada con el muerto:

—¡Pobre Albertol ¡Qué buenazo me saliste desde que nos unió el padre José en impermeable lazo!

Y yo (cosas del destino) ¡cuántas veces sin piedad falté á la fidelidad y te engañé como á un chino! Sí, Alberto, á espaldas de ti á muchos hombres traté.

¡Qué de embustes te conté y qué de infundios te urdí! ¡Tú, al fin, descansas en paz, y en cambio yo lloro tanto que la abundancia del llanto me encharca toda la faz!

Y Luz gemía con ganas y padecía desvelos,

y se arrancaba los pelos (especialmente las canas).

Y yo, enjuagándola el llanto con el faldón del chaqué, llegué á decirle:—¿Por qué te aflige esa muerte tanto?

¿Por qué de noche y de día el llanto te riega el cutis habiendo Alberto hecho mutis conforme te convenía?

¿Por qué esas lamentaciones si, aunque el hacerlo es muy malo, tú te enamoras de un palo, de escoba con pantalones, y el ser así no te arredra, y hasta en la plaza de Oriente te hacen efecto evidente los Chindasvintos de piedra?

¿Por qué lloras, hija mía, si en libertad has ganado desde que Alberto ha bajado caliente á la tumba fría?

¿Por qué con tal pena estás si ya no te estorba Alberto?

—¡Por que con haberse muerto no puedo engañarle más!

Juan Pérez Zúñiga

El candor de la infancia.



—¿Ha pasado por aquí mi aya?

—No sé, hijo. No la conozco.

—¿Qué no? ¡Pues es usted el único que no conoce á mi ayal Porque es muy amiga de todos los señores que han venido á los baños.

PALIQUE

No me gusta discutir con los especialistas, pero el doctor Alberto Díaz de la Quintana escribe unas cosas que harían hablar á las piedras, cuanto más á mí que cobro por decir algo.

El doctor Díaz es, por lo visto, un higienista, y sostiene que no se debe pasar el verano fuera de Madrid. Es señal, según él, de neurostenia.

De modo que este pobre jornalero á quien estoy viendo trabajar en mi huerta, en esta tierra de Carreño, en Asturias, donde escribo, es una víctima de los nervios... porque no pasa el verano en la corte.

El Sr. Quintana se queja de los que se quejan del frío en Enero y del calor en Julio, y buscan un poco de fresco en verano y un poco de abrigo cuando nieva.

Convengo con el Sr. Díaz en que á veces conviene sudar, pero ¿cree él que fuera de Madrid no se suda?

Pero, sobre todo, los que vivimos en el Norte ¿debemos irnos á Madrid en verano? Que se explique eso.

Elegante, dice Díaz, es poseer dos nidos, uno fresco para el verano, y otro cálido para el invierno.

Señor higienista, usted se contradice. Y si conviene tener en casa habitaciones de verano y de invierno, y si eso es elegante, ¿por qué ha de ser cursi y malsano tener dos casas, una en un país bueno para invierno y otra en un país bueno para verano?

«Los gallegos se pasan el verano en las Castillas», dice Quintana. Hombre, no lo creo. Es decir, los segadores, sí... pero esos no lo hacen por cambiar de clima, sino por necesidad, por ganar la vida. ¿O cree Díaz que los gallegos van á segar á Castilla y á la Mancha por seguir la corriente del veraneo, por neurostenia?

Otra cosa que no entiendo, Sr. Quintana:

«No diré que Madrid es sano, pero sí que lo es mucho más que cualquier otro punto.»

Si no es sano Madrid ¿cómo es más sano que otros puntos? Y si Madrid, que no es sano, es más sano que cualquier otro punto, es decir, que todos los puntos, resulta que en el universo mundo no hay ningún punto sano. Pues estamos divertidos.

Pero como la cabeza del Sr. Díaz es también un punto del universo, resulta que tampoco es punto sano la cabeza de este ilustre higienista.

Y esto me tranquiliza un poco.

Y me decide á no aconsejar á este pobre jornalero que está su- dando (sin vivir en Madrid) mientras remueve la tierra, que se vaya á pasar á la corte el mes de Agosto, por lo menos.

«En los puertos es donde hay más enfermedades; las pestes más terribles vienen con los barcos.»

Bueno, hombre, bueno; suprimiremos la marina mercante y la de guerra. Beránger va á resultar un gran higienista.

¿Pero de veras cree Quintana que la gente se va á veranear á los puertos que reciben barcos de Oriente?

«¿Que todo esto es música? Bueno, pues que ustedes se diviertan (gracias); yo me quedo en Madrid y conmigo muchas personas de gusto y de experiencia.»

Eso es otra cosa; que muchas personas de gusto se queden con el Sr. Díaz, lo creo. Mas para eso, no hace falta quedarse en Madrid.

Sin embargo, si el Sr. Díaz me demuestra que es cursi no estar en Madrid por el verano, cambio de vecindad y á Madrid me voy; y mato dos pájaros de un tiro: dejo de ser cursi y me pongo en situación legal para poder ser académico.

Una pregunta, Sr. Díaz Quintana. ¿Está usted seguro de ser usted mismo? A mí se me figura que es usted el doctor, eso sí, pero Pulido.

A ver, haga usted examen de conciencia:

¿Siente usted un invencible amor por la veterinaria?

Pues entonces, Pulido seguro.

* *

¡Ay, amigo Gedeón!
De la gracia que tuviste,
te queda la presunción
de tener lo que perdiste.

* *

Gedeón me llama Clarín de caballería.

Como Gedeón, representado por Navarro Calínez, me tiene montado en las narices, no hace falta decir quién es la caballería de Clarín.

* *

¿De dónde sacaría los chistes Gedeón, si se llegase á averiguar que el tubo digestivo de Campillo era un callejón sin salida?

* *

El Liberal publica una especie de *cuento propio*, en que un joven muy poético contempla, en una noche de luna, un paisaje, desde un balcón, ó ventana, que esto no lo recuerdo. Allá, á lo lejos, se ve una carretera y una vía férrea, que cruza la carretera, supongo que en un paso de nivel.

No olvidemos que es de noche. Por el fondo de la carretera el joven soñador ve venir una hermosa joven, y distingue que tiene los ojos verdes.

No se dirá que *El Liberal* no tiene colaboradores linceos. De noche, y á tanta distancia, ver que los ojos son verdes... es mucho ver.

De repente, llega el tren y coge y aplasta á la niña de los ojos verdes.

A la mañana siguiente... despierta el soñador y le dicen que el tren no atropelló á ninguna joven esbelta, sino á un carretero y un carro con dos mulas.

—¡Imbécil!—exclama el autor.

No es para tanto.

Pero, indudablemente, tomar por una niña esbelta y de ojos verdes un carro con carretero y un par de mulas, es ver visiones,

Poéticas por lo que toca á la niña, pero no por lo que atañe al trajinante.

A todo eso lo llama el autor *Idealismos*.

Seamos naturalistas. Y sobre todo, que Dios nos conserve la vista.

*
**

Recibo de Lima un libro de versos titulado *Hojarasca*.
Abono vegetal, diría mejor.

El autor, D. Baldomero García Sagast. .ume, es hombre capaz de confundir también las vírgenes de ojos verdes con los carromatos, y además habla de los bucles *renegridos* de su amada. Pero lo más gracioso de su libro es lo que copio en el siguiente facsimile, ó cosa así. Es decir, que la cosa está en el libro en esta forma:

ANHELOS DE MI LIBRO

Cual arrancas los arcanos de los reinos del bacilo
infinito que en los cuerpos de los hombres es minero,
á que arranque mis entrañas tu navaja con el filo,
yo deseo que á mí vengas sabio crítico severo
y que apliques con el lente tu mirada indagadora,
ya en sangrientas real-octavas, ya en endechas, ya en tercetos,
ya en las silvas que arrancarás de mi mente soñadora;
ya en cuartetas, ya en quintillas, ya en los dúcidos sonetos;
y señales con tu ciencia las bellezas y defectos
que si encuentras mil defectos y tan sólo una belleza,
no harán mella los mandobles de los pobres intelectos
en el yelmo que resguarda de mi musa la cabeza.

Ya sé qué yelmo es ese. El de Mambrino.
Por si es bacía y no yelmo... queda usted afeitado.

Clarín.

Á QUEMARROPA



—Señora: usted me dispensará si me atrevo á...
—¡Por Dios, joven! No se acerque usted. ¿Qué dirán las gentes?
—Pues dirán... ¡la verdad, señora! ¡Qué estoy malo de la cabeza!

Á RAMOS CARRIÓN

En Gijón, ó donde se halle.

Don Miguel: Usted es causa de que yo esté como chico con zapatos nuevos. Antes de que el *Agua*, *azucarillos* y *aguardiente* se estrenara yo era humilde, modestísimo, y feliz á pesar de eso ó tal vez por eso mismo.

Pero con esa humorada de dedicarme el *pasillo*, queriendo hacerme un obsequio de que creo ser indigno, me ha sembrado usted en el alma, por exceso de cariño, la simiente del orgullo, que *agarra* que es un prodigio.

Ya por encima del hombro á los escritores miro y en cuestiones literarias escupo por el colmillo, ¡y es que usted ignora, sin duda, que puede, con su prestigio, dar la patente de genio á cualquier coplero insípido!

La intención ha sido buena, el honor inmerecido y, á la postre, yo sospecho que ha de causarme perjuicios, porque nada hago á derechas ni puedo dormir tranquilo por recordar esa línea que es mi obsesión, mi delirio...

¡Ay! porque no es cariñosa ni de atención á un discípulo, sino que dice usted en ella: «Al autor se la dedico».

¡Al autor! ¡Por algo dicen que es usted hombre muy listo y sabe hacer, como nadie, favores á los amigos!

Sinesio Delgado.

¡Miradas!

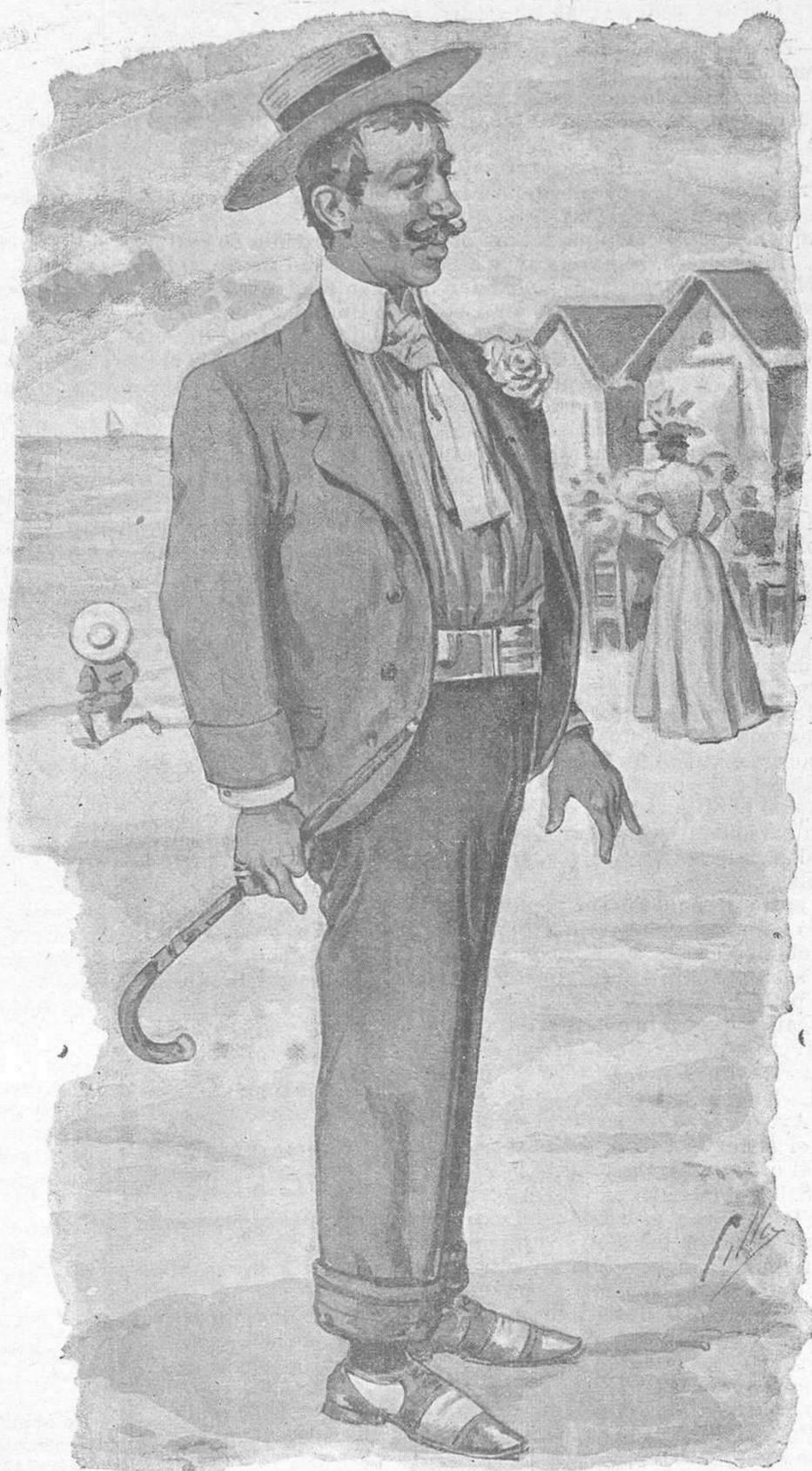
Ya sé que tienes, bella Rosario, un elegante devocionario que no te sirve para rezar, pues en la iglesia, puesta de hinojos, cierras el libro, y así tus ojos tienen más mundo donde mirar.

Mas nada temas de mi imprudencia; vive tranquila con tu conciencia: conozco muchas que, como tú, van á la iglesia y, arrodilladas, únicamente lanzan miradas á los que estamos haciendo el bu.

Sigue mirando, linda devota, sigue mirando, pues nadie nota lo que hace tiempo yo observo en ti; sigue mirando, pero te ruego que con tus ojos, llenos de fuego, mires á un *ángel* que hay tras de mí.

Ciriaco Codina.

PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS



—Estoy por acercarme á la caseta y cuando salga envuelta en la sábana hacer: ¡Múuuu! Á ver si se asusta creyendo que soy un novillo. Y así, con esa broma, puede que la sea simpático y empecemos las relaciones.



Estos dos por el gremio de aguadoras,

todas las noches van á Recoletos los *adjuntos* sujetos.

y estos por... cierta clase de señoras

Chicas rabaneras.

—Todo se pierde—como me aseguraba no hace muchos días una joven del ramo.

Y cuando ella lo dice, sabrá lo que habla y lo que se pierde.

Efectivamente, ha disminuído el número de señoritas y señoras que se dedicaban á la noble profesión de rabaneras de estos reinos.

Profesión en la que llegaron á tan envidiables puestos varias damas de bien... habladas.

Aquellas rabaneras que fueron objeto de la envidia de costureras, ribeteadoras, sombrereras y aun alumnas del Conservatorio de Música y Declamación, no existen ó se han metamorfoseado.

Aquellas *hurines*—que dijo un poeta—tan límpidas y tan bien tocadas, y aun retocadas, en su clase, con la falda de percal de colores claros, su pañuelo de seda de la India para medio cubrir parte del cuerpo, y su cabeza al aire libre, repeinado y rizado el pelo como si fuera por mano de peluquero de la Real Casa, no recorren, como solían, las calles de Madrid, con su cesta al brazo.

En la cesta llevaba la rabanera su mercancía: los manojitos de rábanos virginales, frescos en cualquiera estación, supongamos, coloraditos y húmedos y «con gotas de rocío».

El sistema Kneip, ya por entonces aplicado á los rabanitos.

Solamente por hablar con la vendedora, picante como su mercancía, compraban rábanos varios señores bien acomodados.

Además, una máxima antigua recomienda la compra: «Cuando pasen rábanos, compradlos».

La conversación de aquellas muchachas, de suyo pudorosas y tímidas, era atractiva.

¡Cuánto comedimiento de forma y de fondo!

¿Que respondían á los piropos y galanterías de los señoritos con una carcajada ó con una *manguzú*?

Es cierto; «¡pero lo hacían con tanta sal!», que se podía sufrir el desaire ó la «bofetá» casi con gusto.

¡Y qué bien calzadas y qué andares para lucir la figura!

Un personaje extranjero muy importante se empeñó en aprender el castellano de viva voz, y muy particularmente el lenguaje popular.

El extranjero quería ser popular en Madrid á cualquier costa.

Vió á una rabanera, vagando un día por las calles de la capital, y se obstinó en que había de enseñarle algo de lo dicho.

El acompañante é intérprete del personaje propuso á la rabanera la petición.

—Quiere que tú le enseñes.

—¿Pero qué voy á enseñar yo á este tío ahorcao?—preguntó la rabanera.—Pues qué, ¿soy yo algún *titirimundi*?

—La lengua quiere decir, mujer.

—¡Ay! ¿qué, es médico este señor?

Y el señor se corrió, entusiasmado, á decir, aproximando la boca al oído de la rabanera:

—¡Salero! ¡Haaam!

Oír la palabra y el ladrido del extranjero, volver la mano y santiguarle de revés, fué obra de un momento.

—¡Atiza, Manuela!—dijo un albañil que pasaba á la sazón.—Dí tú que «vendes rábanos y sacas muelas».

La «recolección» de rábanos es oficio muy penoso, según testimonio de las rabaneras. Arrancar uno por uno es mucha fatiga.

—¿Y estos se crían en árboles?—preguntó una señorita de la clase *medieval*.

Y la rabanera, que creyó que se burlaba aquella señora, replicó:

—¡Pues no digo na si yovieran, qué día de fiesta pa algunas señoritas como usté!

Las rabaneras visten hoy de riguroso guñapo.

Han perdido el carácter.

Desde que se suprimió el cuerpo de rabaneras...

Lo mismo se nota con las freseras.

No son lo que fueron.

Y es que aquellas chicas guapas y bravías se dedican ahora á otras profesiones más lucrativas y más elegantes.

Una, que era pitillera distinguida cuando yo la conocí en los buenos círculos, me dijo ayer:

—Ahora estoy colocada en clase de *demoiselle de comptoir*, pa el contador, vamos, en un almacén de loza.

—¡Qué posición, hija!

Hasta habla en francés convencional, con suma facilidad y corrección de estilo.

Al despedirse me dijo:

—¡Adiós! ¡au Reverté!

Eduardo de Palacio.

La peor de todas.

Pues, la verdad, señora, hay ciertas cosas, y perdóneme usted por la franqueza, que aunque frailes descalzos me las digan yo no puedo creerlas. Me hará la cortesía muchas veces escucharlas con calma y con paciencia,

y hasta decir que sí, pero lo digo con la boca pequeña.

Usted llegó á cansarme por completo con todo ese montón de frases huecas que, para mí á lo menos, no disfrazan lo burdo de la tela;

y, mire usted, como pasar por tonto al cabo es una cosa que molesta, oiga usted lo que pienso de este asunto, y á hablarme de él no vuelva.

No soy de los que creen que el teatro es de vicios y escándalos escuela, y la mujer que á él sale es porque tiene perdida la vergüenza...

La tentación es fuego; estoy conforme; mas la mujer decente no se quema...

¡Para estos casos la virtud, señora, la hace salamanquesal!

Y encuentro mayor mérito en la joven que mantiene impecable su pureza á dos pasos del foco donde viven tentación y miseria,

que en la que, lejos de él, sin que la alcancen los miasmas de vicio que aquél suelta, pasa por un modelo de virtudes y de mujeres buenas.

El arte arrastra á muchas, y en el arte encontrar pueden la mejor defensa,

que el alma del artista vive lejos de la prosaica tierra,

y los torpes afanes de la gente

que en el fango asqueroso se revuelca no la pueden tocar... porque á las nubes el cieno nunca llega...

Á otras empuja el hambre... Desdichadas ante las que el taller cerró sus puertas...

Algunas caen, mas tienen su disculpa en que antes no lo piensan...

Pero... oiga usted... Su niña ni es artista ni va por un jornal de tres pesetas...

La entusiasman el lujo y los placeres, el trabajo la aterra,

y, como es una lástima que el mundo no admire una hermosura tan perfecta

y que por falta de lujoso marco tal portento se pierda;

hace del escenario escaparate

donde lucir lo que guardar debiera,

y está segura que la gente pronto se agolpará en la tienda...

Conque... ya sabe usted lo que yo pienso; cese en su orgullo y en sus frases huecas...

La niña busca... lo que usted no ignora y lo que yo me callo... por vergüenza.

Luis de Ansorena.

CHISMES Y CUENTOS

La opinión pública ha recibido con verdadero júbilo la noticia de que el general Weyler será relevado por el general Blanco.

Y si el Gobierno acordara enviar á Cuba dos capitanes generales en vez de uno, y fuera allá, además, D. Arsenio Martínez Campos, ¡miel sobre hojuelas!

Ahora va resultando poquito á poco una cosa, según los periódicos más ó menos ministeriales, y es que la Nación entera estaba deseando hacía muchos años que se concediera la autonomía á la Isla de Cuba.

Lo que hay es que no lo habíamos conocido.

Sin embargo, sería curioso, puesto que las Cortes están cerradas casi siempre y no hay modo de conocer la opinión del país ni siquiera indirectamente y un poco adulterada, sería curioso, repito, preguntar á todos los españoles, uno por uno, lo que desean que se haga con la Perla de las Antillas.

Y estaba por jurar que, de diez y ocho millones, diez y siete y medio, contestarían lo siguiente:

—Volarla con dinamita.

Ésa es la autonomía que desea conceder la Metrópoli á la mejor de sus colonias.

Porque hay que desengañarse: no es que haya ganado terreno la opinión de las reformas autonómicas, lo que ha ganado terreno, hasta el punto de constituir la creencia general, es la idea de que se pierde irremisiblemente la Isla, en un plazo más ó menos largo, y el que más y el que menos le pide á Dios que sea pronto, para evitarse quebraderos de cabeza.

La corte se ha ido á San Sebastián. Los jefes de los partidos saldrán de un momento á otro á tomar baños, los empleados chicos y grandes pedirán sus respectivas licencias, y dentro de ocho días esto quedará como una balsa de aceite.

Es decir, que aquí no está pasando nada.

Nada más sino que nos han recargado las contribuciones en un 10 por 100 y que seguirán llegando diariamente los acostumbrados despachos telegráficos:

«Nosotros diez muertos treinta y seis heridos.»
«Ayer se verificó el entierro de cinco soldados procedentes de Cuba...»
Y puede el baile continuar.

—o—

Habló, *por fin*, el Sr. Silvela en Burgos y dijo... que esto anda muy mal, que el Gobierno no hace más que cometer desaciertos, que la Nación se hunde, y que ellos, Silvela y sus distinguidos amigos, son los únicos que pueden ponerla á flote.

Lo que se le ha olvidado decir es *cómo*, que hubiera sido lo verdaderamente interesante.

Porque vamos á ver, Sr. D. Francisco, ¿qué haría usted si subiera el poder, que no subirá usted?

¿De dónde sacaría usted el dinero para sostener las guerras coloniales?
¿Qué sistema seguiría usted en éstas?

¿Qué conducta iba usted á observar con los Estados Unidos? ¿Piensa usted ó no piensa atender todas sus reclamaciones y pagar todas las indemnizaciones, ó poner los trastos en la calle al señor embajador en cuanto le vlniera con chinchorrerías?

Lo demás es gastar el tiempo y hablar por hablar.

—o—

He leído que, á instancias del cónsul yankee en la Habana, *ha sido puesto en libertad el ciudadano norteamericano Betancourt*.

Lo cual que antes, cuando ese pobre señor andaba por la manigua cazando soldados españoles y quemando cañaverales, le llamaban los periódicos *el cabecilla Betancourt*, y ahora, para dar la noticia de su libertad, se le denomina el ciudadano norteamericano.

Para no confundir.

Porque si se hubiera dicho: «Por exigencias de los Estados Unidos ha sido declarado inocente como una cogujada el cabecilla Betancourt», hubiera hecho mal efecto.

—o—

Un recorte:

«Los insurrectos presentados manifiestan que las partidas están desanimadísimas, hasta el punto de hacérseles la vida muy difícil á causa de la falta de víveres y de la incesante persecución de las columnas, que no les dejan un momento de reposo.»

¿De cuándo creen ustedes que es esta fausta nueva?

Del día 12 del corriente. Y, sin embargo, ustedes dirán que hace dos años vienen leyendo cosas parecidas.

¡Luego dirán que atenta uno al prestigio de los generales! Pero ¡caramba! ¿cómo es que emplean tanto tiempo en acabar con unas partidas «desanimadísimas», sin víveres y desfallecidas por la falta de sosiego?»

—o—

No se puede negar que tenemos un ministro de Hacienda muy listo. Donde menos se espera encuentra él un motivo de tributación. ¿A que no saben ustedes lo que se ha dispuesto de real orden? Pues lean ustedes:

«Se ha dispuesto de real orden que para los efectos de la contribución industrial se consideren prestamistas los habilitados de clases pasivas que anticipan pagas á las mismas...»

¡Bien hecho! Ahí había una industria que se ocultaba pudorosamente para no contribuir á las cargas del Estado. ¡Y que no era nada lo del ojo! Ahora ya va á tener la Hacienda un ingreso de más de sesenta pesetas por trimestre.

Pero falta la coletilla, que es lo saleroso:

«...los habilitados que adelanten pagas, *aunque sea sin intereses ni rédito de ninguna clase.*»

¿Eh? ¿Qué les parece á ustedes el descubrimiento?

Antiguamente la utilidad era la única base de tributación; ahora ya se hila más delgado: el prestar dinero sin interés, que se ha considerado siempre como acción meritoria, es *materia imponible*.

Pero la ley debe ser igual para todos. Y no sé por qué regla de tres los habilitados han de ser tratados de distinta manera que el que presta cinco duros á un amigo y que el comerciante que fía á sus parroquianos.

Sin ir más lejos, yo supongo que el sastre que hace la ropa al señor ministro, el zapatero que le surte de botas, el médico que le asiste, el panadero, el tendero de ultramarinos, el pescadero y el vinatero que le proporcionan la alimentación cotidiana, no cobrarán sus servicios en el acto de prestarlos y tendrán la consideración de presentar las facturas al señor ministro pasado algún tiempo...

Pues bien, durante todo ese tiempo adelantan dinero á S. E. *sin interés ni rédito de ninguna clase*, y por consiguiente deben ser considerados como prestamistas.

Y el día que el señor ministro salga de casa y deje olvidadas las monedas en el otro chaleco, cosa que puede ocurrirle con frecuencia, dadas las infinitas preocupaciones que le abruma, si tiene que pedir dos pesetas al Sr. Cánovas para pagar el refresco... debe hacer matricular al presidente, ni más ni menos que si las dos pesetas se las hubiera prestado *sobre ropas y alhajas*.

—o—

Libros:

La *Colección Elzevir Ilustrada* acaba de publicar los volúmenes octavo, noveno y décimo. Comprenden los dos primeros las obras *Cuadros de la fantasía y de la vida real*, cuentos de D. Enrique R. Saavedra, duque de Rivas, y forma el tercero la novela *El procurador Yerbabuena*, amenísimo é interesante, del conde de las Navas. Los tres están perfectamente ilustrados y editados con verdadero lujo. Precio de cada tomo: 2 pesetas. *Inutilidad de la Academia*, folleto que tiene que leer, y que recomendamos eficazmente á ustedes. Es su autor D. Manuel Peralta y Minelli, secre-

tario de «La Reforma Literaria», que sabe poner los puntos sobre las íes. Cuesta el folleto 25 céntimos.

Bouts coupés, colección de cuentos del distinguido literato Barón A. Toupin, que ha tenido la feliz idea de publicarla en una forma verdaderamente original. El tomo es una cajetilla de cigarrillos, y cada cigarro es un artículo. Cuesta el paquete una peseta.

Diminutas, novelitas y cuentos del ingenioso y fecundo escritor D. Alfonso Pérez Nieva. Forma el tomo 82 de la Biblioteca selecta, que ve la luz en Valencia, y cuesta, como los anteriores, 50 céntimos.

Ensayos taurinos, coplas y semblanzas del arte y sus cultivadores, por D. Ruperto Bosque y Ros. Un folleto ilustrado con varios retratos de *maestros*. Se vende á 25 céntimos en las principales librerías.

★

IDEALISMO



—La verdad es que el mar es hermoso. Y además dicen que tiene tesoros dentro... ¡Ay! Si fuera una persona racional, ¡con cuánto gusto le amaría!

★

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Melitón.—¡Pues sí que le buscamos á usted! En el Suizo, en el Norte, en el Círculo de la Victoria, en el Campo Grande, ¡por todos lados! Lo que no pudimos averiguar fueron las señas del domicilio; y como no estuvimos más que una noche, á la vuelta de Aranda... ¡vélay!

Leunam.—¡Ay, madre! ¡Si ésos no son versos, ni ésa es ortografía pasable!

Sr. D. A. A. A.—Sirven, y se publicarán la primera y la última.

Tarik.—No está mal para un abanico. Porque la idea es un poquito vulgar.

Espartaco.—Se publicará, con ligerísimas variaciones, el «Consejo de amigos».

P. P.—Sí, señor, algunos pueden pasar. Mándelos de nuevo firmados... ¡Caramba, y qué semana tan *útil e dulce*, como dijo el otro!

Un hortera.—Se queja usted de vicio, compadre. Además, tenga en cuenta que aquí no buscamos la *actualidad* palpitante, á Dios gracias.

Un lector.—Yo también tengo la misma duda, y á mí también me ha sorprendido el lance. Pero... estoy con *Clarín*.

Sr. D. F. G.—El asunto se pasa de inocente, y la forma... Mire usted, la forma tiene algunos descuidos que, vamos...

Perucho de Sada.—Si puedo, complaceré á ustedes. Pero al recorrer una región no ve uno lo que quiere, sino lo que puede.

Sr. D. M. E.—Recibida y hecha la distribución.

Un caña.—Eso tiene un inconveniente. Que para que hiciera efecto era preciso que todo el mundo supiera de memoria el soneto parodiado.

Sr. D. J. S.—No tienen nada dentro. Son iguales á todos los que se han escrito desde la invención del cantar hasta la fecha.

Sr. D. R. G. M.—Todo tiene un defecto, el mismo, la vulgaridad manifiesta.

Remember.—Alguna soltura sí tiene; pero el asunto... ¡Siempre los desdichados asuntos!

Sr. D. F. B.—Los consejos son muy morales efectivamente,
mas tan medianos
son ¡ay! los versos
como morales
son los consejos.

Sr. D. C. E.—¿De veras son los primeros que usted hace? Pues siga usted trabajando, estudie... y no será usted del montón, á juzgar por la muestra.

Sr. D. R. S.—Los versos son medianos, y la idea... ¡Hombre, eso no se puede decir así, tan en crudo, en letras de molde!

G. D. On.—¡Porra! Y eso menos.

Voilà.—Pues eso, no digamos. ¡Recontra! ¡Qué atrevidos se me han vuelto ustedes!

Pompeyo.—¡Qué se ha de conocer ese metro, si es nuevo completamente! Allá va un trozo, para que le imiten los chicos que empiezan:

«Y es que el Nepomuceno vomita fúnebre metralla sobre la enorme muralla de hierro, madera y velamen del inglés, con sus ochenta cañones por banda y la cangreja pronta ya á acometer que rompe y destroza aprisiona al corsario y pirata inglés»

¡Olé! ¡Eso es lo que se llama cantar las glorias de la marina de manera que no lo entienda nadie!

Mercurio.—Pero... ¡si *turca* y *escucha* no son consonantes, y luego van á reclamar los Estados Unidos!

Sr. D. A. G. S.—Mal no está, pero no es de la índole de este periódico.

Sr. D. A. M. C.—Demasiado larga, para no tener gracia el final.

Sr. D. I. S.—Esa es corta, en cambio, pero *coincide* con la anterior en que tampoco tiene gracia.

El papamoscas.—Defecto de que también adolece la *adjunta*...

El de Carrión.—Poca miga. Se le ha escapado á usted una asonancia garrafal al principio.

Alfaki.—De los versos nada tengo que decir, porque los ocho tienen la medida reglamentaria, pero los epigramas no deben ser así. Han de tener alguna intención picaresca. Y la de ése, caso de serlo, es vulgar hasta dejarlo de sobra.

NOTA. Como se han aglomerado—las cartas de dos semanas,—tengo que dejar, por fuerza,—sin respuesta muchas cartas.—Pero es preciso que conste,—para reposo del alma,—que he leído las restantes...—y no hay publicable nada.

TENEMOS A LA VISTA

con precios marcados

53 modelos de plumeros, desde 15 cts. á 20 ptas.

231 modelos de cepillos, desde 15 cts. á 10 ptas.

GRASES, Fuencarral, 8.

PERSIANAS DE CORTINA

Clase superior y precio ventajoso.

GRASES, Fuencarral, 8.

MECEDORAS, SOFÁS, SILLAS Y SILLONES

DE MADERA CURVADA

PRECIOS SIN COMPETENCIA

GRASES, Fuencarral, 8.

PEDID

CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS DE MAR Y RÍO Y MARISCOS

Marca LA NOYESA

DE J. CAAMAÑO Y C.^A

De venta en todos los ultramarinos.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

▲ corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

▲ los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de las Hijas de M. G. Hernández, Libertad, 16 sup.º